

## *L' autre et la nuit, Bernard Sesé*

Alberto Torés García

Bernard Sesé

*L' autre et la nuit*

Editorial La tête à l'envers, Francia, 2015

Este último poemario del magnífico poeta francés y extraordinario hispanista Bernard Sesé, editado con tanto esmero como rigor por la Editorial francesa, La tête à l'envers, se ilustra con un cuadro de Marc Serra y viene prologado por el también poeta Jacques Robinet. Un prólogo preciso, profundo, todo lo cual completa la joya bibliográfica que sin duda constituye *L' autre et la nuit* (*el otro y la noche*).

Un poemario que confirma el *alter ego* poético del caballero culto, amante de las artes y defensor del amor a través de la belleza de la palabra, del caballero andante que no errante, de una poética de la caballerosidad que distingue la poesía de Bernard Sesé. El término que de inmediato acude es el de esencialización que es tanto como llevar la singularidad, originalidad y personalidad al extremo pero al tiempo conserva la idea de poesía como comunicación que acertadamente estableció Octavio Paz y sin duda inserta un solidario recurso como la interdisciplinariedad que enfatiza en esa relación de pintura poesía que halló su edad de oro en el barroco y que tiene en el poeta parisino el dualismo del estudio y la creación. También refuerza este concepto el proceso de citas que no son una marca de dilucidación, énfasis o contextualización sino que se integran en el marco del texto, si se quiere en lo escrito de lo visto y lo pintado.

Se inicia el poemario con un poema magistral “À voix basse” (“En voz baja”) que encabeza una cita de Verlaine, es decir, el poeta más musicalmente pictórico de las letras francesas, pintor de los claroscuros que diríamos, respaldados por sus característicos ritmos impares de asonancias, paisajes en medias tintas. A todas luces, Verlaine es el poeta de la ambigüedad, de las convicciones huidizas, de la palabra impresionista, es el ideal para la recreación lírica de Bernard Sesé, para los susurros a media voz, paisajes de ensoñación, sombras y crepúsculos, pero a la vez, rayos de luna y cielos estrellados y la ebriedad de confianzas y deseos. Es el diálogo que propone el poeta a la dama, un diálogo de secretos imaginados y que como caballero ha de llevar incluso hasta los



umbrales de la muerte.

Con ello, reitera su diálogo con la noche que es un espacio temporal recurrente en su poesía, a lo que le suma esa voluntad de diálogo, que ya advertimos en el extraordinario poemario *Por inadvertencia*, dialogo con la historia de la pintura, un dialogo reforzado por el sentir musical de sus versos que describen las abstracciones del intelecto o el alma a través de la naturaleza, singular, diversa, no son pocos los estudios a propósito de las concomitancias entre estos dos artes, el lector casi tiene la sensación de asistir a la mutación de la palabra en color, o al color hecho palabra despojada de todo artificio. Es la emoción en quilates, los horizontes infinitos, los deseos en permanente estado de movimiento, la vida y la muerte en una mirada, en una triada de secreto, liturgia y placer.

El óleo sobre tela, “El puente japonés” de Claude Monet es el escenario del símbolo y nos ofrece una paleta de colores a la que nuestro poeta no permanece ajeno: *Fuegos de los nenúfares/o flores del olvido,/ los colores permanecen,/ como un desgarré./ Rojo, amarillo, violeta,/ tantos verdes, febrero*”. El puente no es otro que el puente de Giverny sobre el Sena, lugar donde pasó sus últimos años. Hablar de Monet es acudir a la abstracción, la luz y la modernidad pero de igual modo es acercarse a la enfermedad, a sus problemas de visión y cataratas que le proporcionaron una perspectiva de colores única. La esperanza en ese puente es el centro de gravedad del poemario del escritor parisino. El poema de Sesé viene precedido de una cita de Catherine Pozzi (*au plus nouvel espace où le vouloir dévie.../ en el flamante espacio donde el querer se desvía...*). Si la historia de Monet encierra ingredientes de tragedia, la de Catherine Pozzi podría ser la propia representación, infeliz en el amor, se aventura a relaciones tormentosas como la de Valéry, contrae la tuberculosis y es roída por la morfina, dejando algún diario, algún ensayo filosófico, algunos poemas y alguna autobiografía anónima. Con tan poco bagaje, es una escritora que descubro gracias a estas citas y que me resulta sorprendente. De hecho, de los 60 poemas que conforman el libro, 42 van una cita de Catherine Pozzi. No puede por tanto ser casual.

Otra historia de amor espectacular es la protagonizada por el artista Alberto Giacometti que encuentra un espacio íntimo en el cuadro *Annette*, su esposa, sencillamente indispensable para su obra. A tenor de los poemas dedicados a esa serie de cuadros, cuyo índice se incluye en el libro, Sesé recorre las altísimas tensiones emotivas en la sensualidad aportada por estos cuadros, no exentos en ocasiones de una angustiada soledad. Sin embargo, el verso de Sesé no busca una suerte de vacío que pudiera representar la trágica dimensión existencial del hombre, sino muy al contrario inserta una esperanzadora palabra para mitigar los conflictos entre la vida y la muerte, la incertidumbre y el secreto. Poesía pura al juanramoniano modo que ratifica con su poema inspirado en el cuadro “*Campo de trigo*” de Emil Hansen, conocido por el seudónimo de su ciudad de origen, Nolde. Sesé muestra su comprensión hacia el artista aislado, casi marginal que retrata la patria del poeta, es decir, el regreso a los paisajes de su infancia en la que cualquier descripción se llena de atmósfera y se libera de modelos concretos.

Paul Klee es otro pintor determinante en este dialogo que mantiene el poeta. No solo porque Klee es un artista absoluto, pues violinista, aficionado de la opera, crítico musical dudo entre la pintura y la música, de hecho en su diario intimo señala que la

música es su amante y la pintura como diosa perfumada requiere que la bese sencillamente porque es su esposa. Muchas obras de Klee reposan en inspiraciones musicales, como si fuesen partituras. De hecho, el cuadro escogido se titula “a ritmo” .La preocupación de Sesé por el ritmo se proyecta por tanto en la variación de la dimensión de figuras que creaban ese ritmo en la pintura de Klee y en la transcripción verbal hallara el poeta la musicalidad buscada. Sin duda, el sonido como expresión de la tonalidad en música encuentra su correspondencia en pintura en la expresividad y potencial emocional del color, todo lo cual, recoge Bernard Sesé para ofrecernos un verso puro, sugerente y elegante.

Bernard Sesé, hombre renacentista donde los haya, comparte la diversidad como sincera fórmula de conocimiento y reconocimiento rindiendo homenaje a Machado, a Collioure en un cuadro del mismo nombre del pintor Andre Derain. Por otro lado, en su poemario plantea la necesidad de descreer para poder creer, en cierta medida, establece un paralelismo con el cuadro que contempla de Rodtchenko, “Composición abstracta”, pintor que entendía que había que deconstruir la pintura y pintar la construcción.

Una idea que cobra mayor protagonismo con la contemplación del cuadro Helión, en realidad de Jean Bichier, pintor que en su pasaje del arte abstracto al figurativo encuentra un equilibrio que resuelve con las tendencias geométricas casi masónicas, como en este cuadro “Equilibrio”, donde noche y viento, azul y blanco, lluvia y alba, crepúsculo y niebla, llamadas desconsoladas y tristes vuelos de pájaros se dan citan contrastando en parte y complementándose con la pintura del alemán Neo Rauch que presenta sus cuadros como adivinanza sin solución, con misterio y dramatismo, en este caso “Gold”, que atiende mas al espacio de palabras ocultas, voces de ecos múltiples, fuentes en los bosques, murmullos inacabados, una geografía de recuerdos y de heridas que nos lleva a un cuadro impactante, como “La isla de los muertos” del pintor Arnold Böcklin, un extraordinario pintor suizo de la escuela simbolista que recrea el mito clásico del barquero Caronte con la particularidad de una enorme extensión de agua, el barquero en blanco y la belleza de una isla rocosa. La muerte vista con la serenidad, incluso con la belleza de la luminosidad y el equilibrio de fuerzas. Un poema dedicado además a una actriz que combina artes plásticas, teatro, escritura y que se complace en crear espacios donde las fronteras están dubitativas. Nos escribe Bernard Sesé: *puede que la mañana sin fin/ acoja a las estrellas/ de este cielo sin aleteos/ todo está lejos de nada/ cerca de ti/ en la distancia.*

Insiste en esta particularidad dual, del anverso y reverso, del combate en el cielo y el júbilo terrestre, de la armonía de la ciencia y el contraste de colores, pero sobre todo, el arte cogido en su totalidad, donde en este caso, la palabra y el color son esencias de la vida, liberación encogido en el mismo latido de la naturaleza, dominación de la antítesis. En el poema “La noche estrellada” que hace referencia al célebre cuadro de Van Gogh, es donde se conjugan estos elementos contrarios. Pues Van Gogh rodeado de tristeza, locura y enfermedad desde la ventana de su habitación en el psiquiátrico, dará color y vida al cielo donde todo se retuerce y se curva reflejando sus emociones, una agitación que lograra el silencio y la calma del pueblo y que Bernard Sesé atrapa desde la eternidad en silencios y olvidos, en la transparencia del deseo y el grito del naufragio que adquiere tintes de tragedia en el poema “La columna rota” que habla con el cuadro de Frida Kahlo. No insistiremos en las heridas que atestigua la pintora tras su accidente en el

choque de un autobús y un tranvía siendo adolescente, pues su salud se visualiza con una piel atravesada de clavos y desgracias amorosas. En cualquier caso, este cuadro con Frida Kahlo digna, mirada altiva y cabeza alta, se opone al corsé ortopédico metálico que sostiene su columna bajo un cielo tormentoso lo que ahonda la sensación de angustia que el poeta engrandece con espectros, sueños y constelaciones en una nueva tríada cósmica de geometrías, secretos, sentidos. Son las edades del bastón las que guardaran o revelaran los secretos de nuestra soledad. También de nuestra libertad, que es al fin y al cabo, el terreno de *El otro y la noche*, circunstancia que se refuerza con versos citados, como por ejemplo los de Louise Labé, de la escuela lionesa del siglo XVI y que se caracterizó por esos anhelos de libertad que pedía en sus poemas, declarando que deseaba ver a los mujeres no solo en belleza, sino también en ciencia y virtud, igualar o superar a los hombres, marcando belleza rebelde transparente deseos de esperanza amorosa. Sesé asume estos preceptos, como otros tantos, a saber, los estados anímicos del poeta frente a la presencia continua de la muerte, las reflexiones cósmicas en busca de los vínculos con el Universo, probablemente para escapar del absurdo, un doble anhelo por la evocación pictórica y la expresión poética. Por otro lado, esa curva de dolor, desmesura, nostalgia y admiración a la vez puede encontrarse en la obra de Antonin Artaud, otra referencia que, insistimos se incrusta en el texto mismo de Bernard Sesé.

No puede faltar una inquietante personalidad como la de Arthur Rimbaud. Sesé aprecia el sentido visionario de las obras de Rimbaud y muy especialmente el considerar al mundo como un misterio por descifrar. Si hay algún rasgo que todo poeta ha admirado en Rimbaud es a ciencia cierta su apuesta por el poder evocativo de la palabra, su musicalidad y la dominante presencia de los sentidos, algo absolutamente necesario si se quiera entablar un diálogo con la historia y con la contemplación de obras de arte. La poesía en el caso de Sesé bien podría ser un trampolín hacia el infinito, trascendiendo incluso al propio sujeto para situarse en los dominios de la belleza que reposa sobre una suerte de simetría y ritmo, para alcanzar la emoción casi sagrada y que precisaría una independencia y soledad que se cumplió a la perfección en un poeta y pintor como Henri Michaux igualmente incluido en esta especie de museo literario que nos construye.

Personalmente, me identifico enormemente con el cuadro de Munch "El grito", porque entiendo que el grito antecede al verbo y casi representa materia poética, también pictórica. Cedo la palabra al pintor Munch que en su diario en 1892 escribía: "Paseaba por un sendero con dos amigos - el sol se puso - de repente el cielo se tiñó de rojo sangre, me detuve y me apoyé en una valla muerta de cansancio - sangre y lenguas de fuego acechaban sobre el azul oscuro del fiordo y de la ciudad - mis amigos continuaron y yo me quedé quieto, temblando de ansiedad, sentí un grito infinito que atravesaba la naturaleza".

Sesé en su diálogo con la noche y la pintura, también cita a Guillaume Apollinaire, esto es, a quien entendía la poesía como un arte inseparable del conjunto de experiencias de la vida cotidiana, por no mencionar que ha sido una pieza clave en el paralelismo entre pintura y poesía, no solo por romper con la problemática estética de generaciones anteriores sino también por alentar nuevos modos de vanguardia en la literatura y la pintura modernas. Como lector interesado, no dejo de percibir la dimensión musical del libro, la inestabilidad de las cosas, también su forma de mudar y la desafiante fascinación

de la luz y del agua. Un reflejo de agua luminosa bastaría para identificarse con el universo. Por ello, Monet que atrapa los instantes velozmente será un interlocutor determinante. Nos lo escribe en el poema “Les nuages” (las nubes):

*“Aucun chemin/sur cette vague d’ombre./Captive. Le ciel demeure./...Tout est vrai./Murmures/du noir et du blanc./Le silence.”* (Ningún camino sobre esta ola sombría. Cautiva. El cielo permanece. Todo es verdadero. Murmullos del blanco y del negro. El silencio).

En definitiva, una poesía de la caballeridad que se nutre de un auténtico y erudito diálogo entre las artes, donde el placer del texto hallará su razón de ser en desentrañar voces, emociones y secretos.